

PROLOGO

Dinámica estacional de las Limícolas en las salinas de Cabo de Gata.

Palabras técnicas, de jerga ecológica, que intentan capturar un fenómeno tan maravilloso como la migración de aves zancudas y sus paradas en los estanques salineros del litoral mediterráneo.

Sí, es una tesis doctoral y todos sabemos que auspicia un academicismo de laurel y birrete en el gremio universitario, muy gustoso al ego del autor. Debe conocer mucho de pájaros.

Area de estudio, material y métodos, resultados, discusión, conclusiones y bibliografía: cuerpo argumental de una investigación centrada en comunidades ornitológicas, como tantas otras de tema variopinto reflejo de las ciencias, las letras y sus aprendices.

Romper un estereotipo manido: sólo los marjales salvajes, las marismas, deltas y charcas naturales albergan riqueza y diversidad biológica.

¡Cuidado! La actividad tradicional salinera, tan antigua y tan moderna, hoy mecanizada e industrial, supone también un emporio acuático. Bacterias, algas, plancton, moluscos, camarones, mosquitos y aves pueden medrar en el ambiente extremo del charcón, sus diques y canales y la costra de sal. El Mediterráneo es tierra de contrastes y uso humano inmemorial, pero estos estanques que iniciaron tartesos

y fenicios ofrecen limos nutritivos, sin hielo ni sequía, a la volatería más móvil del planeta. Lo que habrán recorrido los bandos sincronizados de correlimos, las escuadrillas de flamencos y los grupos vocingleros de archibebes al albur de las estaciones. Criar: el flamenco rosa en la laguna salobre de Fuentedepiedra o los almajos de Camarga; el correlimos común en la tundra siberiana; el andarríos bastardo a la vera del tremedal de turba rodeado de coníferas boreales y, allí mismo, en el islote de la salina, la colonia magnífica de avocetas y cigüeñuelas, junto a la silueta huidiza del chorlito patinegro y su apeonar de relojería.

Cuando las lagunas andaluzas se secan a principio de verano, parte de sus aves acuáticas aterrizan en salinas litorales que ofrecen agua y comida abundante. Pronto se superpone a los pájaros veraneantes la detención efímera de millares de migrantes nórdicos en ruta hacia el cuartel de reposo de Africa occidental, con asilos tan famosos como el Banco de Arguín, en Mauritania, o el archipiélago guineano de Bijagos. Un invierno más tranquilo en volatería, de menos ejemplares y especies características como el zampullín cuellinegro, el tarro blanco y las avefrías, vuelve rápido al trajín de los migrantes prenupciales, cuando florece la estepa litoral y las cogujadas montesinas, en canto encelado, ascienden cara al viento de Levante.

La salina no descansa y, sobre su cosmos de sal, agua y lodo, la vida se renueva al ritmo sereno de las estaciones.

Las aves, termómetro finísimo de la salud ambiental, indican optimismo biológico en Cabo de Gata, sierra cárdena de palmitos, búhos reales y conejos, telón de fondo de la montaña de sal, el tomillar playero y el semicírculo celeste de la bahía de Almería.

Texto ornitológico surgido del empeño de Melo, que extrae de horas de observación, conteos y muestreos de los hábitats del humedal, la imagen de un mundo animal oportunista y acomodaticio, sin patria fija, necesitado de una cadena de refugios palustres que la civilización, tan rapiñera, le arrebatara.

Y, sobre todo, aportación a la conservación de la naturaleza en Andalucía y a la defensa del litoral mediterráneo. El Parque Natural

de Cabo de Gata, sierra, costa, salinas, pueblos y estepa litoral, empieza a sonar como los grandes hitos inteligentes del Mare Nostrum, salvado de la urbanización masiva y el esquilme ambiental y cultural.

Entre los deltas fértiles del Ródano y Guadalquivir y sus Parques Nacionales de Camarga y Doñana, el fluir de zancudas, ánades, flamencos, garzas, cormoranes y gaviotas, encuentra en la actividad salinera de Cabo de Gata el contrapunto pequeño en espacio e importante en naturaleza acogedora.

Sabemos que la vida no se puede recluir solo a refugios. El destino de una isla, de un parque rodeado de terreno hostil, es el protagonizar extinción y pérdida de biodiversidad. Por ello, el águila perdicera del risco, el flamenco del charcón, el cormorán moñudo del acantilado y la terrera marismeña que se achanta en las jarillas, constituyen un símbolo de esperanza bajo el azul violento y el viento de Cabo de Gata.

Francisco J. Purroy Iraizoz.

Catedrático de Zoología.

Presidente de la Sociedad Española de Ornitología.